

se, cual en otras poblaciones se ha hecho, para proteger, para fomentar y desarrollar el impulso de la caridad para con el pobre, para con el huérfano. Si bien la piedad es noble, cualquiera que sea la persona que la egerce, nunca es tan tierna, tan interesante como cuando se practica por la juventud y por la belleza.

Mariano Estéban de Góngora.

UNA CARGA A LA PERILLA.

No crean ustedes al leer este título que voy á hablar de la perilla que llevo en el pomo del baston, á manera de guarda-pelo, en la que introduzco esencias para oler la pera cuando percibo algun mal olor, ni tampoco de otros adornos que comunmente se hacen en figura de perilla como las que se ponen en las barandillas, espejos y otros muebles. Pues solo han de creer ustedes que he tomado el nombre de perilla como diminutivo de pera, porque la perilla de que pretendo hablar no es pera todavía, ni presumo que lo sea. Y como me gustan las cosas tales como son en sí, vean ustedes porque uso el nombre de perilla y no de pera.

Hasta ahora están mis lectores á oscuras sobre la pera ó perilla de que les voy hablando.

Sepan ustedes tambien que no dá márgen á este articulillo ninguno de los significados de los refranes ó adagios que el nombre de pera lleva en sí, tales como los de «*como pera en tabaque*» que se dice del cuidado con que conservamos alguna cosa «*dar para peras*» que significa la espression familiar con que lanzamos alguna amenaza, «*escoger como entre peras*» que lo decimos para designar al tonto que parte y reparte y se queda con la mejor parte, «*partir peras*» adagio que confunden muchos con el de «*romper pajas*» siendo así, que entre ellos hay una diferencia enorme, pues el primero espresa el agrado y cariño con que tratamos á alguno, y el otro indica el rompimiento de una amistad. Muchos adagios periles quedan aun, cuyo significado omito por no ser difuso pero no puede pasar adelante sin recordar el de «*poner las peras á cuarto*» Cosa que á mí me gusta mucho: pues no digo nada del «*quien dice mal de la pera ese se la lleva*» este sí que es significativo.

De ninguna de estas peras ni perillas ni refranes quiero hablar hoy á mis lectores, yo voy á hablarles de otra perilla, de aquella maza de pelo que suele dejarse en la misma punta de la barba para parecer bien, por instinto de agradar, y que antiguamente servia para distinguir á los de la carrera de las armas. De mi pera pues, quiero hablaros, caros amigos; mal dicho, de mi perilla es de quien me ocupo y de los portentos de su nacimiento. Tengo 27 años, á los 12 ya me afeitaba, es decir, me afeitaban, me hacian la barba, y en 16 años de fatigas y malos ratos, porque no hay peor rato para mí que cuando me dejo sobar el rostro por la mano callada del barbero, solo he podido conseguir unas tres docenas escasas de pelillos de mala muerte y peor distribution.

Cansado de tanto gastar con mi perilla::: por que han de saber ustedes que me cuesta nada menos que 3,272 rs. segun la siguiente liquidacion. Llevo de afeitamiento, 192 meses que á pastilla de jabon mensual valor de cuatro reales cada una, hacen 768 rs. El presupuesto del barbero no ha sufrido nunca alteracion, siempre lo he tenido moderado, á razon de 12 rs. mensuales, atendido el poco trabajo material que mi barba le ha ocasionado; pues los 192 meses á razon de 12 rs. hacen la suma de 2,304 y si á estas les agrego 200 por vaciar navajas, limpia de afeitadores y otros accesorios, que no son pocos, nos dará el resultado total antes dicho de 3,272 rs. ¡Cara perilla!

Pues como iba diciendo, cansado de gastos, hace algun tiempo que tuve por conveniente sacarla á relucir poniéndola á la pública admiracion de mis conocidos y amigos:—por esta ocurrencia son tantas las chuscadas, y tan atroz la carga que he llevado, que á pesar de los gastos consabidos estoy mas arrepentido que de mis pecados de haber tenido el atrevimiento, puede llamarse así, de dejarme la perilla. Pero entre tantos dimes y diretes, tantos dichos y ocurrencias de que ha sido objeto mi perilla, gracias unas, chocarreras otras, no acertarian ustedes nunca lo que me ha cargado, si es que hay cosa capaz en el mundo de cargarme; pues ni la pregunta admirativa—«*hombre! ¿cuántos dias tiene esa pera?*» —«*¿Se le ha helado á V. la pera?*»—«*¡Malaño de peras!*»—«*¿Cuántos dias tiene esa pera, compadre?*» Nada, nada de esto me cargo tanto, como el acento singular, amable y placentero con que una bella hirió mi oido la otra tarde con la suave preguntilla de «*¿se ha dejado V. la pera?*»—Si señora, repuse yo muy ruborizado, es decir entre avergonzado y corrido, porque yo suelo avergonzarme, con

alguna dificultad aunque no mucha, pero confieso que en este incidente no sé lo que pasó por mí, no sé si me avergoncé ¡pobrecito! ó lo que fué, pero lo cierto es, que me puse colorado á la pregunta de la encantadora niña que me la hizo en presencia de otra, y aun todavía mas cuando para remachar el clavo repuso á mi si señora. ¿Cuanto tiempo tiene?—Ocho dias, la contesté con melodía. Apenas hubo concluido calmaron las interrogaciones; con un gesto apacible en su carita como diciendo, pues no tiene nada de extraño que esté en ese estado de apocamiento en tan cortos dias de existencia. Pero si la niña hubiese sabido que la era peril cuenta ya en mí mas de ocho semanas ¿qué digo? mas de ocho quincenas, es decir cuatro meses y pico, sin duda no habrian parado allí las pullas de mi amiga, á quien amo y aprecio en extremo, y ella creo que se lo figura, pero es el caso que yo cargué hace seis años con la cruz del dulce lazo, y fuera de combate ya, mi amistad es pura, y aun mas que todo esto reconocida.

Concluyo con la pesada perilla, y si acaso os ha disgustado el cuento, yo procuraré enmendarme y divertiros en otra ocasion.

COMUNICADO.

Sres. Redactores de EL CARIDEMO.

Muy señores nuestros: En el número 13 de su periódico, hemos visto un artículo que aunque escrito en tono festivo, pudiera dar ocasion á interpretaciones desfavorables en contra nuestra, como facultativos que hemos sido, durante el sorteo actual, para calificar las excepciones. Para desvanecer esta impresion, y siéndonos imprescindible no consentir que nuestra buena reputacion padezca, no dudamos en manifestar á W. que de 310 mozos de la primera edad, hubo 103 cortos, 36 matriculados, 20 hijos de viuda, 17 de padres sexagenarios é impedidos, 29 ausentes, 28 números duplicados, 31 enfermos notorios, 20 miopes y enfermos de internas y 26 soldados.

Este resultado demuestra que no hay tanto número de miopes, y enfermos de internas, que es lo que el autor del artículo ha querido demostrar. De su imparcialidad esperamos que rectifique lo que sea digno de ella, en vista de los antecedentes manifestados.

Somos sus afectisimos S. S. Q. B. S. M.—Rafael Díez.—Francisco Cordero.

Nuestro ánimo no ha sido aludir á los señores Díez y Cordero con quienes precisamente nos unen muy antiguas y estrechas relaciones. No creemos haber dicho que los espresados facultativos hayan faltado á los deberes de su profesion. Sentimos que alguien haya dado esta interpretacion á nuestro artículo, bien lo haya hecho por ignorancia, ó por malicia segun creemos.

Advertimos tambien que si nuestro objeto hubiera sido calificar la conducta de nuestros amigos los señores Díez y Cordero ó de otras cualesquiera personas, sabriamos sostenerlo de todos modos, y no hubieramos escrito un artículo festivo sino uno bastante serio, como merecen los abusos criminales.—Mariano Estéban de Góngora.

Importancia de los Miriñaques.

Uno de esos criticones sempiternos, que de todo saben sacar partido para sus sátiras, nos decia dias pasados, hablando, de los medios que debieron emplear nuestros gobernantes para evitar la escasez de granos que hemos esperimentado, que uno de los principales debió ser la supresion de los *Miriñaques*, puesto que este inútil mueble consume anualmente en nuestra Patria una cantidad considerable de fanegas de trigo, cuyo valor asciende á mas de quince millones de reales. Su cálculo procede de la manera siguiente. En España hay doce millones de habitantes: el número de hembras es siempre mayor que el de los varones. Supongamos siete millones de mugeres, y de estos, cuatro solamente que usan *miriñaque*. Para almidonar cada uno de ellos se gastan aproximadamente ocho onzas de almidon; suponiendo que no lo pongan tieso mas que una vez por semana, en las cincuenta y dos que tiene el año, son cuatrocientas diez y seis onzas, que multiplicadas por los cuatro millones, suman 1,664 millones de onzas: reducidas á arrobas son cuatrocientas diez y seis mil; y como cada fane-

sumin
Hern
e 460
eran s
el lech
hijas
en s
donad
nciert
itada
velo d
me ab
en, y
auto. E
en á t
el niño
ñara s
1 y res
asocia